
IV.- FRONTERAS POLÍTICAS: POPULISMO Y CIUDADANÍA

RETÓRICA Y REVOLUCIÓN

Quisiera dedicar esta parte a realizar una suerte de mirada retrospectiva al problema de la construcción de la ciudadanía en el pasado reciente venezolano. Al hablar sobre el tema de las relaciones entre revolución populista y ciudadanía lo hago con intenciones de diagnóstico histórica pero también con intenciones de mejor asentarnos sobre nuestro presente y ver cómo ha evolucionado la construcción de las fronteras intelectuales vistas, ahora, desde el mirador de la política. Como es bien conocido, en Venezuela actualmente se encuentra en marcha una proceso político calificado con el mote de “revolución”. Pero al mismo tiempo hace cincuenta y siete años, en 1945, ocurrió otro proceso considerado también como revolucionario, convertido luego en fecha fundacional, junto al 23 de enero de 1958, de la democracia venezolana. De manera que lo que está en los comienzos de las luchas de la sociedad venezolana por nuevas formas de ciudadanía son dos procesos calificados por sus propios actores --más no por la sociedad-- como revolucionarios.

Dirigiré la atención, entonces, no en tono celebratorio, sino más bien crítico, hacia ambos momentos, con el objeto de reflexionar sobre los inquietantes problemas que en todos los órdenes acosan el comienzo de un nuevo siglo en Venezuela, pero sobre todo para tratar de comprender lo que en los procesos populistas referidos significó el concepto de ciudadanía. Las preguntas de base a la reflexión podrían ser planteadas de una manera algo así como: ¿En qué consistió la democracia y la incorporación ciudadana a la misma tal como fue propuesta por el populismo de Acción Democrática entre 1945 y 1948? ¿Cuál fue el sentido de la llamada “Gloriosa Revolución de Octubre de 1945”? ¿Pueden los principios básicos de la democracia venezolana, tal como fue propuesta por los octubristas y desarrollada luego de los respectivos ajustes durante cuatro décadas, ser borrados de nuestra cultura política cual nombre escrito sobre la arena? ¿Cuáles son los nuevos atributos democráticos definidos por la llamada “revolución bolivariana”? ¿Sobre

que fundamentos éticos y políticos sería posible desarrollar una cultura democrática más allá del legado octubrista y de la actual lógica del proceso bolivariano en ciernes? ¿Qué nuevos parámetros de ciudadanía han sido definidos por parte de los nuevos actores políticos bolivarianos?

1.- PEDAGOGIA DE LA HISTORIA Y LA POLITICA

Pienso que dentro de un esquema conceptual como el desarrollado en el presente libro se le podría dar una suerte de uso público y pedagógico a la historia y a la política. Esto es, se le podrían dar impulsos esenciales a nuestra conciencia pública y republicana; y de la misma manera se podría incrementar la sensibilidad por los procesos democratizadores del continente hispanoamericano, acaso el capital político más importante que nos legara nuestra existencia como naciones. Es que la historiografía moderna tiene dos destinatarios privilegiados: el círculo de los historiadores y analistas y el público general. Una buena exposición histórica debe satisfacer, al mismo tiempo, los parámetros críticos de la ciencia y las expectativas de los interesados en comprender los procesos de la sociedad. Pero, atención, la mirada del historiador no puede dejarse dirigir por el interés de quien exige aclaración sobre su propia situación histórica, bajo riesgo de que la ciencia histórica degenera en una suerte de “política de la historia”⁹¹. Algunas alianzas nefastas para el devenir de los pueblos han surgido de esta confusión. Piénsese, por ejemplo, en la simbiosis entre historicismo y nacionalismo en la Alemania nazi o entre la historiografía anti-socialista y la guerra fría de los norteamericanos.

Pero, más cerca de nuestros predios y ya para entrar en materia, es interesante recordar la posición de Rómulo Betancourt, el gran protagonista por antonomasia del 18 de octubre de 1945 y su trienio y, en general, de la democracia venezolana, en relación a la escritura de la historia. En el prólogo a la segunda edición de su *Venezuela, política y petróleo* escribe en tono justificatorio acerca de cómo él entiende la tarea de historiar:

“Ningún historiador es imparcial. Majadería es negar que el acontecer de los pueblos es rememorado por quien sobre esos temas escriba enfocando hombres y sucesos a través del prisma de sus propias convicciones ideológicas (...) La posición

⁹¹ Sobre este concepto, ver Habermas, J., *La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona: Paidós, 2000 (versión alemana, 1998), p. 47.

de neutralidad asexualada es un imposible en quien escribe historia".⁹²

La lección para nosotros emerge por sí sola: hay que preservar la diferencia entre la perspectiva del observador de la historia y la del participante en la misma. El pasado sólo lo es verdaderamente cuando ha dejado de ser una obsesión y podemos volverle a descubrir con curiosidad. Sólo de esta manera estaremos sustituyendo la peligrosa "política de la historia" (peligrosa por ideológica y por acomodaticia) por la escritura de la historia tratada en el capítulo precedente: relato documentado donde la imaginación acompaña, sin ningún desmedro, la objetividad. Estas palabras no buscan tener ningún efecto retórico, sólo aspiran a perfilar la posición desde la que escribo estas páginas.

2.- LAS REVOLUCIONES POPULISTAS

En consecuencia, tres son los temas específicos de mi interés: el concepto de imaginario, el de ciudadanía y las relaciones que entre ambos articula el discurso político. Los trataré en ese orden, tomando como escenario histórico nuestras criollas "*Revolución de Octubre*" y "*Revolución Bolivariana*", las cuales signan los últimos 55 años de vida republicana venezolana. Estamos convencidos de que los problemas planteados por la primera de ellas, la llamada revolución de octubre, no se han convertido en algo caduco. Por el contrario, no sería aventurado afirmar que el proceso político que vive Venezuela en la actualidad posee grandes semejanzas con aquel vivido hace medio siglo. Nuestro argumento es que a pesar de los cambios que modifican aquí y allá la práctica y la mentalidad de los actores sociales, o la interpretación de los ideólogos, una parte considerable del marco histórico-político se mantiene, y en él se repiten opciones y conflictos, alianzas y estrategias discursivas.

Mirando desasidamente los documentos históricos se observa que las imágenes y las palabras de los octubristas están de lleno en el presente. Quizás, por ejemplo, la historia de la revolución de octubre y el adequismo, o su variante demócrata-cristiana, ya no tengan eficacia "real"; quizás proporcionen simplemente a los políticos de ahora los emblemas de un combate cuya finalidad efectiva no comprenden, una identificación con la comunidad imaginaria de los revolucionarios, una forma moderna o postmoderna de

⁹² México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 26.

hacer la revolución; quizás lo que están observando nuestros ojos hoy día con la revolución bolivariana sea que lo que se apunta con el concepto de revolución pase por vías nuevas; acaso los dirigentes bolivarianos de hoy día necesiten, ellos también, además del fantasma de Acción Democrática y su octubre, la leyenda adeca para realizar las tareas de una nueva élite cívico-militar que busca dominar de forma casi absoluta, con el uso de un lenguaje totalitario y confrontador, la escena política nacional.

De lo que no cabe duda es de que, en esa escena del presente que vivimos, la evocación del pasado y sus héroes, la repetición de los discursos antiguos --sobre todo aquellos de la redención del pueblo y de su soberanía, el exceso de personalismo acompañan siempre la acción y avivan la fe. No parece que las fuentes revolucionarias y simbólicas de inspiración política popular se hayan agotado en Venezuela en cincuenta y cinco años. Es que tal como lo señala Wunenburger: *“La fuerza histórica de la democracia, por ejemplo, está ligada a un cierto imaginario revolucionario, marcado por la derrota de poderes establecidos”*⁹³. Hasta podría decirse --sin temor a las exageraciones-- que para una fracción de las nuevas generaciones del país tales fuentes revolucionarias están mucho más vivas que para sus mayores. Y ésta es, acaso, una de las mayores incidencias que el 18 de octubre de 1945 ha tenido en la historia política contemporánea.

Lejos ya hombres y acontecimientos que no hemos conocido, su estilo de hacer política, así como sus posiciones discursivas siguen poblando nuestros pensamientos y suscitando las pasiones; y todavía pueden servir o para destruir o para conservar el marco de nuestra vida ciudadana. En la explicación de esta suerte de paradoja es donde radica la importancia del concepto de imaginario.

3.- EL IMAGINARIO POLÍTICO

Paso, entonces, al primer tema que quiero plantear. Más allá de remontarme a la explicación de la introducción del término imaginario en las ciencias sociales --a partir de la teoría psicoanalítica del francés Jacques Lacan, en su famoso *Roma Report* de 1953-- permítanme sólo señalar que el uso que doy a este término implica algo más que lo meramente psíquico. El imaginario se refiere a un dato fundamental de la conciencia

humana: es creación incesante y especialmente indeterminada gracias a lo cual los hombres representan las cosas y procesos distantes, al igual que se articulan entre sí a diversas realidades⁹⁴. A través de este proceso de delimitación de fronteras, de creación de horizontes, de representación de intereses, de articulación de posiciones se van formando creencias colectivas sobre estas realidades, compartidas por los miembros de la sociedad. El imaginario de una sociedad no es más que la construcción simbólica mediante la cual sus miembros se definen a sí mismos, impulsados por la palabra de sus líderes.

Entonces, cuando nosotros hablamos, por ejemplo, del imaginario octubrista o del imaginario bolivariano actual no estamos hablando de una *imagen de, o de un reflejo de*; estamos hablando de construcción de significaciones, de estructuración de la representación social de procesos históricos y políticos. Si a este proceso estructurador -- íntimamente vinculado a la naturaleza del lenguaje que es su vehículo-- le añadimos el adjetivo político, la actividad imaginaria se restringe o delimita a dos aspectos: 1- Su orientación hacia la producción de representaciones globales del poder y su acción sobre la sociedad y todo aquello que con esto se relaciona; y 2- Lo político también designa la articulación (cualquier práctica que establece una cierta unidad entre elementos dispersos) del imaginario individual o grupal a un fenómeno colectivo. Esta articulación de lo grupal con lo colectivo ocurre con gran fuerza en los procesos políticos como los examinados.

Algunos ejemplos de ambos componentes ayudarán a ilustrar las cosas. La autodefinición de quienes llegan al poder aquel 18 de octubre de 1945, por la vía del golpe cívico-militar, es la siguiente:

*“No eran demagogos improvisados, sino gente con una filiación,
con una fe y con un abrumador lote de compromisos
con la democracia venezolana y americana”⁹⁵.*

⁹³ Wunenburger, J.-J., *Imaginaires du politique*, París: Ellipses, 2001, p. 91. (Traducción nuestra).

⁹⁴ Castoriadis, C., *L'Institution imaginaire de la société*, Seuil: Paris, 1975, p. 7.

⁹⁵ “Alocución de Rómulo Betancourt el 30 de octubre de 1945”, en *Trayectoria Democrática de una Revolución. Discursos y Conferencias Pronunciados en Venezuela y en el Exterior durante el Ejercicio de la Presidencia de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela*, Caracas: Imprenta Nacional, 1948, pp. 4-5.

En estas palabras no importaba que se hubiese llegado al poder por la vía de la asonada armada, lo importante era construir una representación del proceso político en ciernes: El golpe del 18 de octubre implicaba la democratización de la sociedad. Quedaba, entonces, por articular la representación individual o grupal con el fenómeno colectivo. En esta materia las palabras de Betancourt eran claras y certeras:

“... se imponía un vuelco revolucionario en la situación nacional, tapiado como estaba el camino pacífico del voto para cambiar hombres y sistemas de gobierno”

Esa afirmación “*se imponía*” era articuladora en la medida en que establecía una identidad entre la acción golpista (llamada ahora “*vuelco revolucionario*”) y unos supuestos deseos de la población de cambiar hombres y sistemas de gobierno. Y esto a pesar de la popularidad y tendencia democrática del gobierno derrocado de Medina Angarita. Tales ejemplos son importantes porque ilustran ese desplazamiento de sentido -de que hablaba anteriormente-- que ocurre cuando a través del lenguaje político se le dan otras significaciones a las representaciones y símbolos tradicionales.

Un acontecimiento como el 18 de octubre --o aquel de la elección de Hugo Chávez, el 6 de diciembre de 1998 con todo y su proceso inherente-- que sustituye un orden político por otro, genera una fragmentación de intereses y de identidades sociales que es necesario reconstruir para producir nuevas representaciones sociales, entre los diferentes sectores, y para proyectar en el tiempo los resultados de la acción. De ahí que el intento de disipar algunas ilusiones --examinando una revolución del pasado-- y de descubrir los rasgos que suelen disimular los imitadores, sea más necesario aún en las condiciones actuales.

Entonces los problemas vinculados a la emergencia de un imaginario, a la construcción de un sistema de creencias y representaciones, se ve magnificado por la certidumbre de que el maleficio estaba ligado al pasado. Todos sabemos que el pensamiento puede liberarse de algunas imágenes, pero lo que resiste, casi que irreductiblemente, es la relación que mantenemos con la representación del pasado, la función mítica que le hacemos desempeñar para estar seguros de una verdad ya dada, y que no pueda traicionar, para conjurar la indeterminación que renace sin cesar de la historia que vivimos. Si no ¿cómo interpretar, en nuestros eufóricos y ruidosos días, el

discurso oficial “anti-puntofijista”, es decir, anti-pasado, o la emulación del discurso bolivariano, por ejemplo? En vano nos fiaríamos de un movimiento que nos separa de nuestras antiguas creencias. En cualquier caso, hay una carga de tantos deseos en el registro de la política que el progreso del conocimiento traslada consigo mismo sus propias fronteras en vez de suprimirlas; y cada vez que se abren ante nosotros nuevas puertas, es prudente suponer que en otras partes se echa el cerrojo.

Pero, continuemos, avancemos en la argumentación. ¿Cómo es posible proyectar en el tiempo, entre los distintos actores sociales, los resultados de la representación y de la acción de manera de darle asidero intelectual a las fronteras políticas? Esto lo haría el discurso de la Junta Revolucionaria de Gobierno a través de tres mecanismos: 1- La construcción de las identidades populares; 2- La institución de un régimen llamado de “democracia efectiva”; y 3- El nacionalismo económico. Voy a insistir sólo en el primer punto, de manera de no extenderme innecesariamente.

4.- CIUDADANÍA E IDENTIDADES POPULARES

Así pasamos al segundo de los conceptos de mi interés en estas páginas: el problema de la construcción de la ciudadanía en su relación con las identidades sociales. Lo primero a señalar es que la ciudadanía moderna es por lo general concebida como un conjunto ideal de tres cosas: 1- Un status jurídico el cual confiere derechos civiles y políticos, al igual que obligaciones, a una colectividad; 2- Pero la ciudadanía también consiste en un grupo de roles sociales específicos que dependen de una adecuada cultura política la cual facilita el reconocimiento del Estado, es decir, el reconocimiento de una necesaria autoridad que es racional, no arbitraria y no contradictoria. Esto implica la posibilidad para el ciudadano de expresar y defender sus intereses en el terreno político como miembro de varios grupos sociales definidos en términos de ocupación, género, residencia, clase social o militancia; 3- Finalmente, ciudadanía es un conjunto de cualidades morales las cuales son consideradas necesarias al carácter de civismo⁹⁶. Pero, más allá de lo jurídico, de lo social y de lo moral, ciudadanía significa participación, lo cual significa a su vez representación política. “El pueblo (o la nación) no puede hablar,

⁹⁶ La teoría clásica de la ciudadanía, tal como fue desarrollada por T. H. Marshall, *Citizenship and Social Class*, Cambridge: Cambridge University Press, 1950, distingue analíticamente sus tres dimensiones: la civil, la política y la social.

no puede actuar sino a través de sus representantes”, de esta manera asentaba hace más de dos siglos el Abate Sieyès el principio básico del gobierno representativo en los Estados modernos. De allí entonces la asociación del concepto de ciudadanía con los de Estado, Nación y Democracia⁹⁷.

Ahora bien, resulta igualmente importante y útil distinguir las diferentes tradiciones de ciudadanía. El sociólogo Bryan Turner⁹⁸ define distintas formas de ciudadanía según dos ejes analíticos: experiencias históricas marcadas por las luchas de la sociedad por recuperar derechos civiles y políticos arrebatados por los Estados absolutistas, y aquellas experiencias que muestran la iniciativa del Estado hacia el cambio, las cuales terminan por construir ciudadanos a medida en que se van otorgando derechos y, como consecuencia, se va abriendo la participación política y la representación de la sociedad ante el Estado. Es decir, estamos en presencia de ciudadanía impulsadas por procesos orientados de abajo hacia arriba y por procesos que obedecen al movimiento inverso. En el caso de los populismos analizados se observa un estilo de ciudadanía construida de arriba hacia abajo. El Estado populista será el encargado --bajo el impulso político y retórico de una revolución, con la base material que produce una riqueza natural como la petrolera-- de incorporar en su seno a todos los ciudadanos y de promover los nuevos derechos a la participación y la representación política.

En este contexto de una ciudadanía construida de arriba hacia abajo, la capacidad política más importante fue la ampliación --a través del sufragio universal-- del derecho a voto, el derecho a votar y a ser votado. En las elecciones se sintetizaba el principal punto de contacto entre el ciudadano y el Estado. Así se va formando en Venezuela más que un sistema de ciudadanía activa, un sistema de ciudadanía pasiva o clientelar cuya lógica opera en un doble sentido: apoyo político mediante el voto a cambio de prerrogativas otorgadas desde el Estado. Para lo cual se cuenta con la poderosa renta petrolera cuya distribución reposa en manos del Estado, es decir, en manos de los gobernantes de turno.

⁹⁷ “El Ciudadano y la Nación son dos de las mayores novedades del mundo moderno, dos figuras íntimamente ligadas con la soberanía en el mundo latino”, señala muy apropiadamente François-Xavier Guerra, “El Soberano y su Reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina”, en Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 33.

⁹⁸ “Outline of a Theory of Citizenship”, *Sociology*, vol. 24, No 2, May 1990, pp. 189-217.

Esto ha sido fuente, poco explorada, por cierto, de un exceso de personalismo y de heroización de la historia que raya en el mesianismo populista vacío de contenido y pleno de retórica sublevadora.

La institución de un orden político populista no podría prescindir de una puesta en escena de un conjunto de valores que sean comunes a los miembros de la sociedad. Y esta puesta en escena implicaría construir una cierta figuración de la vida en común bajo ese orden político. En otras palabras, esto implicaría que los individuos puedan dar sentido al *nosotros*. Esto es, que la presencia de lo social inunde el espíritu individual de cada quien. Y esto se logra, entre otras cosas, a través de las instituciones cuya función es hacer pasar a los hombres del simple estado de intersubjetividad al de las significaciones comunes. En esto consiste, *grosso modo*, la construcción de las identidades sociales. Hay distintas maneras de lograr esto, y es dentro del contexto del logro de donde surgen los fantasmas de la identidad. Veamos acaso el más importante de estos fantasmas.

La emergencia de la idea de *PUEBLO*

Para conjurar el colapso de las identidades inmediatas, nuevas imágenes protectoras y confiables tienden a forjarse, a través de las cuales los individuos puedan proyectarse sin ningún esfuerzo para re-encontrar el sentido de pertenencia. Desde el fondo de una cierta crisis de representación, se impone el retorno a la función globalizante de la idea de pueblo. En el caso de las revoluciones populistas en examen, la modalidad discursiva principal es la exaltación de la unidad del pueblo-nación.

Los líderes de la Revolución de Octubre, a escasas 24 horas de instalado el nuevo gobierno y en su primer comunicado a la nación, cuando todavía estaba fresco el aroma de la pólvora quemada el día anterior, anunciaban:

*“el triunfo alcanzado por el ejército y el pueblo unidos
contra el funesto régimen político que venía
imperando en el país”.*⁹⁹

¿Qué significado tiene este anuncio, qué imagen evoca? La conversión del pueblo, desde ese mismo momento, en actor transparente de la nación, a pesar de la

⁹⁹ “Comunicado del Gobierno Provisional a la Nación”, 19 de octubre de 1945.

opacidad del término. El pueblo en tanto suma indistinta de las mejores voluntades. En relación a la composición de ese nuevo actor, las palabras no se harían esperar: “la determinante mayoría de los venezolanos”, “los hombres de blusa y alpargata” (ambas expresiones son de Rómulo Betancourt). Se comienza, entonces, a construir la idea y la identidad, el nosotros, de esa “determinante mayoría”, y haciendo esto se construye también un imaginario que además de negar las identidades del pasado busca solucionar una de las variantes del “dilema octubrista”¹⁰⁰: ¿cómo fue posible que demócratas confesos --según Betancourt-- “*de firmes convicciones civilistas y aprensión no disimulada por el hombre de uniforme*”, llegasen al poder en combinación con un grupo de militares por la vía del hecho de fuerza? Esto toca de cerca el punto de la legitimación del poder, de la justificación de las inconsecuencias de la acción política. Lo cual va de la mano con la construcción de la ciudadanía clientelar y de las identidades colectivas, y para lo cual se requiere con cierta urgencia la construcción de nuevas representaciones imaginarias (es decir, creadoras) y simbólicas (es decir, manipuladoras, acomodaticias, ocultadoras). Lo importante para nuestro argumento son las palabras justificadoras de los revolucionarios:

“Se inició en Venezuela una etapa de profundas transformaciones económicas, políticas y sociales. El país avanzaba a saltos, quemando etapas, como quien libra una batalla contra el tiempo, ansioso de recuperar los años interminables de estancamiento, durante la dictadura, y de moroso desplazarse en la década de gobiernos pseudodemocráticos”.¹⁰¹

Poco importaba el contenido --cierto o no-- de esas profundas transformaciones; menos importaba lo del estancamiento durante el pasado inmediato. Bastaba con que los objetivos revolucionarios se arropasen con atuendos simbólicos como aquel de “*nosotros estamos ensayando un estilo político nuevo en Venezuela (...) el estilo de la sinceridad con nuestro pueblo y de la franqueza para hablarle a nuestro pueblo*”. Sólo esto bastaba para fundar no sólo el estilo sino lo que es más importante, para fundar una representación, una etapa de la sociedad a través de un nuevo lenguaje.

¹⁰⁰ Retomo la expresión tal como fue planteada por Luis Castro Leiva en su *El dilema octubrista, 1945-1987*, Caracas: Cuadernos Lagoven, Serie Cuatro Repúblicas, 1988.

¹⁰¹ Betancourt, R., “El caso de Venezuela y el destino de la democracia en América”, en *Cuadernos Americanos*, No 4, julio-agosto 1949, p. 37.

El imaginario político y el discurso del poder se construyen, de esta manera, a partir de una identidad colectiva, difundiendo ideas-símbolos colectivos: profundas transformaciones, nuevo estilo político, el protagonismo del pueblo, quien en adelante se convertiría en actor único de la revolución de octubre. No serían todos los venezolanos quienes marcaran la pauta revolucionaria. Sólo serían: *“los hombres y mujeres del pueblo quienes señalen los rumbos colectivos”*¹⁰².

Así, tenemos construida la primera identidad de lo popular entre sí y en su relación con el nuevo orden político. Se origina un primer bloque: el gobierno del pueblo. Sin embargo, el problema regional todavía estaba latente en la política criolla, de manera que el discurso del poder habría de insistir en el componente nacional de la identidad. La oferta política era, en consecuencia, la *“integración venezolana”*:

*“Porque en una misma mesa modesta de Miraflores se escucha el habla cantarina del zuliano, la palabra pausada del andino, la voz dicharachera del hombre de la Costa o del Llano, todas con un mismo diapasón de amor hacia la Patria, todas con una misma pasión venezolanista”*¹⁰³.

Así las cosas, se le daba existencia discursiva a la idea del pueblo. Su irrelevancia, su pasividad, su desarticulación, su pesimismo se acabarían con el advenimiento de la revolución de octubre. Ahora ya se podría hablar de un *nosotros*, también se podría hablar de un cierto sentido de pertenencia y de significaciones comunes que afloraban en el discurso del poder. Y sobre esto se insistiría sin descanso, sin tregua:

“... somos un pueblo que puede ser gobernado impersonalmente, no por rémulos imperiosos, no por gente despótica... Somos un pueblo que está dispuesto a respaldar las instituciones. Somos un pueblo que está irrevocablemente resuelto a encontrar su propio camino, que está dispuesto a hacer su propia historia”.¹⁰⁴

¹⁰² Rangel, D. A., “La explicación histórica de la revolución venezolana”, *Cuadernos Americanos*, No 3, mayo-junio, 1947, p. 16.

¹⁰³ Discurso de Rómulo Betancourt en el Táchira, 14 de diciembre de 1945, en *Trayectoria...*, op. cit.

¹⁰⁴ Conferencia de Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional, en el inicio del curso de alfabetizadores de adultos, 29 de diciembre de 1945, en *Trayectoria...*, op. cit.

Ese *somos* reiterativo no tenía otra función discursiva que invocar el *nosotros*. Del fondo de la crisis de representación y de la necesidad de justificar el hecho de fuerza, se imponía el regreso de una idea globalizante: el pueblo, el nosotros; figuras, por demás, eminentes de la generalidad democrática. La celebración populista de la nación contiene un intento de resucitar bajo la figura única del nosotros un sentimiento de identidad. El discurso populista hace derivar la identidad social de un doble movimiento de ocultación de las divisiones interiores de la sociedad y de la exacerbación de las diferencias en relación a lo que le es exterior o extraño. La idea de pueblo asociada al discurso populista no adquiere forma sino dentro del movimiento de definición y negación de sus supuestos enemigos: las élites (“*conservan los rasgos sustanciales del gomecismo... conservan la estructura del latifundio... mantienen el personalismo*”, etc), los sistemas políticos precedentes (“*desangrado y escéptico estaba el país cuando Gómez inició su imperiosa rectoría*”, “*el llamado régimen bolivariano para escarnio de un nombre sagrado a los venezolanos, significó la pervivencia de lo fundamental del gomecismo ...*”), así como el imperialismo y otras potencias ocultas que atentan contra su soberanía (“*explotadores de nuestro país con todo y su hipócrita espaciosa máxima: el bienestar de la humanidad*”). De allí que la constitución de la identidad populista se base en un juego de diferencias, su eficacia reposa sobre la denuncia continua de cuanto le amenaza y la elocuencia a la hora de señalar cuanto se propone. ¿Qué proponían los hombres de octubre?:

*“Esta revolución ha sido hecha para devolver
al pueblo su soberanía”*

¿Qué contenía esta expresión? ¿A través de cuáles mecanismos se haría la devolución? ¿Estaría semejante devolución de la soberanía usurpada limitada a los sectores urbanos. Por supuesto que no. Habría que insistir ante el campesinado. Había que colocar el discurso político a tono con una suerte de emancipación o redención de la mayoría rural. Los términos empleados eran elocuentes:

*“El campesino dejó de ser un pobre agricultor y se convirtió
en el militante victorioso del sindicato porque la revolución
fue a las puertas de su rancho a decirle: Usted es un ciudadano
de Venezuela con tanto derecho a exigir reivindicaciones y a
reclamar por justicia social, como el más encrespado y el más*

esclarecido de los burgueses".¹⁰⁵

Con esta representación discursiva justo tres años después del 18 de octubre de 1945 quedan claras tres cosas: 1- La organización política del campesinado ("*militante victorioso del sindicato*"); 2- Su constitución como sujeto político y como ciudadano que iría a dar sentido a la idea de pueblo con más "derechos" ("*a exigir reivindicaciones, a reclamar justicia social*", etc.) que deberes. Y como si esto fuese poco, se hablaba de su redención. Una vez inscrito imaginariamente el carácter revolucionario del 18 de octubre y su trienio, una vez fijada en la mentalidad colectiva la idea de pueblo, una vez redimido el pueblo urbano y el rural, sólo quedaba insistir en los vehículos de tales logros. Los más importantes serían, al menos, dos: El partido político y el sufragio universal.

El fetichismo del PARTIDO

La identidad pueblo-partido habría estado planteada desde la entrada de Acción Democrática en la arena política, aquel 13 de septiembre de 1941, cuando la organización nació precisamente como "*el partido del pueblo*". Y esto no porque en la realidad lo fuese, sino utilizando la connotación para construir su propia identidad política: "*Nuestra resolución de mantener reivindicaciones populares y nacionales*". Lo popular-nacional estaría presente desde siempre en las mentes y deseos de los fundadores (ya hemos planteado la inmensa carga de deseos que hay en el registro de la política). Oigamos estas palabras de Betancourt:

*"Acción Democrática aspira a ser --y lo será-- el cemento que amalgame a todos los venezolanos que amen su nacionalidad. El cemento que amalgame --para hacerla cada vez más fuerte y más viril-- el alma inmortal de la nación".*¹⁰⁶

El partido habría así comenzado su gran gesta articuladora. Cuatro años después, en 1945, en funciones de poder, ni una línea cabría quitar, y muchas añadir, aquella

¹⁰⁵ Rangel, D. A., Intervención en la Cámara de Diputados, *El País*, 19 de octubre de 1948.

¹⁰⁶ Discurso de Rómulo Betancourt en el acto de instalación de Acción Democrática, 13 de septiembre de 1941, en *Documentos para la historia de Acción Democrática, 1936-1941*, vol. 1, Caracas: Ediciones Centauro, 1981, p. 393.

minoritaria oposición al régimen de Medina se convertiría como por arte de magia --la magia que otorga el poder-- en una inmensa mayoría nacional. Aquella organización armada hasta los dientes de ideología, de doctrina, de disciplina, de un proyecto histórico y de mucho fervor venezolanista, esparcida por todos los Distritos y Municipios del territorio nacional no podría sino ayudar a la “*nacionalidad a redescubrirse*”.

A partir del 18 de Octubre se crea una suerte de equivalencia espontánea entre el PARTIDO Y EL PUEBLO. Equivalencia independiente de todo principio y doctrina, anterior a todo razonamiento, pero de gran contenido anímico y simbólico. Entre el discurso revolucionario, los nuevos valores de la nación y las instituciones políticas y morales encargadas de realizar y defender estos valores, estarían el partido del pueblo y el gobierno del pueblo. Esta equivalencia transforma simbólicamente a AD de organización política minoritaria, con militantes más o menos aislados a lo largo y ancho del país, unidos por tres Convenciones Nacionales realizadas desde 1942, en un inmenso ser colectivo que se hizo grande desde las esferas del poder, mediante un mecanismo por él mismo diseñado: el sufragio universal.

El SUFRAGIO UNIVERSAL como producción simbólica

No cabe duda de que la construcción de la ciudadanía y de las identidades se convierte, en el cuadro de la anterior argumentación, en fundamento de la acción política. Se pasa así de una visión pasiva del espejo representativo a una noción activa de la búsqueda de identidad. Esto me lleva a reconsiderar una cuestión fundamental: aquella de las relaciones del pueblo con su organización política. Recordemos que la formulación clásica de la idea de soberanía popular contiene tres momentos: 1- Reconocimiento de un sujeto político; 2- Determinación de las modalidades de su poder; 3- Construcción del espacio democrático. Hasta ahora el sujeto político de la revolución de octubre no sólo ha sido reconocido, sino que ha sido construido pues se suponía que su existencia era nula dadas las condiciones pre-octubristas de la sociedad venezolana, caracterizadas por actitudes contemplativas

*“ante el pasado, quemando incienso ante el retrato
de los libertadores y comportándonos como nietos*

indignos de ellos". (R. Betancourt)

Como consecuencia de esta visión hay que remitir a una concepción eminentemente activa de la política. Esta consiste no tanto en una instancia de fundación que organizaría de manera estable la sociedad, como en un espacio de prueba y manifestación donde se produce el sentido del nuevo estado de cosas. ¿Cuáles prácticas introducirían los octubristas en la escena política, en nombre del nuevo espacio democrático? ¿Qué argumento discursivo se construiría para dar credibilidad al enunciado de que el nuevo orden revolucionario era más democrático que el orden precedente? La construcción de un mundo común, como lo deseaban los octubristas, no descansaba solamente en valores compartidos. Esto suponía crear las reglas que permitieran aceptar las diferencias y organizar su coexistencia de manera de dar forma al *nosotros democrático*, eje fundamental de la ciudadanía. Y este era el papel que vendría a jugar la institución del sufragio universal: una función reproductora del orden político, a través de la participación de vastos sectores nacionales.

En estos como en otros puntos, Betancourt sabía leer la realidad con los ojos de quien conoce muy bien la política criolla y de quien sabe medir las consecuencias del derrocamiento de Medina. Había llegado el momento de recoger los frutos de la sensibilización de la sociedad venezolana, iniciada desde 1936, sobre el valor y las bondades de las elecciones libres, universales y directas como mecanismo de "*purificación nacional*". La razón del voto se convierte desde los primeros momentos del tumulto octubrista en razón de estado. A Medina se le derroca por su resistencia a instaurar el sufragio universal y recordemos que: "*Esta revolución ha sido hecha para devolver al pueblo su soberanía*". Devolución que sólo ocurriría vía el sufragio universal.

La histórica promesa será un hecho cumplido desde los primeros momentos. Luego de promulgados los Decretos de rigor, una vez redactado un Código Electoral democrático y realizado el Registro de todos los venezolanos con derecho a voto, se anuncia al país llamar "*a una consulta electoral absolutamente libre, sin interferencias ejecutivas de ninguna clase, presidiéndola la Junta Revolucionaria de Gobierno como árbitro severamente imparcial*". Todo lo anterior se proyectó para los cinco meses posteriores al 18 de octubre. Era necesario que el pueblo concreto, los hombres de blusa y alpargata, alertas y vigilantes, minoritario a nivel poblacional, pero numerosísimo en

relación a su potencialidad política, se convirtiese en el soporte visible de ese pueblo abstracto, referente permanente desde antes del 18 de octubre. Y esto no se lograría sino a través de unas elecciones libres.

El 15 de marzo de 1946, se aprueba definitivamente “*el más democrático de los Estatutos Electorales de América*”. Se le concede el voto a todos los venezolanos mayores de 18 años, lo que llevará inmediatamente la participación electoral a un 36% de la población total (1.620.000 votantes, sobre una población de unos cuatro millones y medio de venezolanos). Como era de esperarse el triunfo del partido redentor fue arrollador: 1.100.000 votos, es decir, el 78.4% de la votación, contra 185.000 votos del COPEI (13.2%), 59.000 votos de URD (4.5%) y 50.000 del PCV (3.6%). A AD le correspondieron 137 diputados en la ANC, 19 a COPEI, 2 a URD y 2 al PCV. Así las cosas, al movimiento de aquel 18 de octubre

*“nadie podría regatearle el honor de haber propiciado
y presidido los primeros sufragios auténticamente
democráticos de toda la historia de Venezuela”.*¹⁰⁷

Cumplida la función simbólica, quedaría por verse la función reproductora del orden político a través de los mecanismos del sufragio universal. Y de esto seríamos nosotros, los venezolanos de este tiempo histórico, testigos privilegiados. El ambiente común que hemos respirado todos, ininterrumpidamente desde 1958, ha sido aquel de *un hombre, una voz*. Las elecciones se han sucedido una tras otra sin grandes sobresaltos. Y, acaso, en esto ha consistido el gran aporte octubrista a nuestro sistema político.

A la interrogante esencial, de dramático contenido que formulara Betancourt -- ante el Congreso Nacional-- antes de entregar el poder el 12 de febrero de 1948: “¿*se justifica históricamente con lo hecho hasta hoy y con lo planificado para mañana, la jornada revolucionaria del 18 de octubre de 1945?*”, le tocaría responder al propio Betancourt 30 años más tarde, sin vacilación alguna:

*“Considero que si la Revolución de Octubre se hubiera hecho
sólo para devolverle al pueblo venezolano su soberanía como
elector de los poderes públicos, ello bastaría para*

¹⁰⁷ Entrevista a Betancourt por el XXX Aniversario de la Revolución de Octubre, *Resumen*, vol. IX, No 103, 26 de octubre de 1975.

justificarla históricamente". (Entrevista, *Resumen*, cit.)

Pasemos, para finalizar, a hacer referencia a la actual Revolución Bolivariana.

5.- EL IMAGINARIO DE LA REVOLUCION BOLIVARIANA

Al final de cuentas el ciudadano es un sujeto poseedor de derechos, y todo el meollo de la cuestión radica en saber si esos derechos se ejercen o no. Pues de nada vale proclamar sobre el papel una amplia gama de derechos del hombre, derecho de los pueblos, derecho a la información, derechos civiles y políticos, si estos no se ejercen o ni siquiera existen condiciones para su ejercicio. Es su relación con la cosa pública lo que constituye al ciudadano.

¿Qué ocurre con el ciudadano en el actual proceso venezolano? Una manera de plantear el actual estado de cosas en Venezuela podría ser la siguiente. Resulta interesante observar que lo que sigue a la instauración del imaginario octubrista en la mentalidad política del venezolano (una voluntad política, en principio, democratizadora) es un final atomizante, con una crisis de ciudadanía, entendida básicamente como crisis de representación, con un sujeto político carente de participación y con bajas defensas ante el debilitamiento de las identidades políticas creadas por el imaginario octubrista, lo cual debilitaría la solidaridad nacional. Este sería el estado del arte que impulsó la llegada de Hugo Chávez al poder, convirtiendo estas carencias en el material básico de su liderazgo. El contenido simbólico del mismo lo encontraría en el nada original recurso bolivariano y en la negación, más aún, en la demonización, del pasado: anti-puntofijismo y bolivarianismo mezclados a una nueva promesa redentora del pueblo, se han convertido en los fundamentos del régimen actual. Por supuesto, todo esto adobado con la eterna promesa de modernización, de justicia social, de combate a la marginalidad, de industrialización del país, de mejoramiento educativo y sanitario, y de la lucha contra un novedoso enemigo: el "neoliberalismo salvaje", fuente de todos nuestros infortunios, según el locuaz mandatario. Todo está muy cerca de nosotros, como para insistir.

Sin embargo, deteriorado el sentimiento de identidad nacional y desgastadas las representaciones simbólicas del imaginario populista, la nueva representación simbólica encarnada en el discurso revolucionario (aquella "revolución pacífica y democrática") y

bolivariano (“el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar”) no ha logrado que los venezolanos se hagan una imagen del país que se quiere. En esta búsqueda de lo que se quiere, en el intento de materialización de lo que se desea, se ha caído en hondas confusiones, como aquellas de la tentación totalitaria y militar, o el mirarnos en el espejo de Cuba, o el retórico argumento del capitalismo humanista que enfrentaría a un supuesto capitalismo salvaje. En consecuencia, la revolución populista actual no ha logrado fijar rumbos que no sean inmediatamente cuestionados, mucho menos ha logrado inducir nuevas mentalidades o intenciones de cambio más allá de una retórica vacía, confrontadora, que no hace sino sublevar pasiones y aminalar intereses. Tampoco se observa el perfilamiento de un proyecto histórico que a lo mejor ni siquiera se tiene. Lo que se observa es una verdad en su soñada intención, y una mentira en una ruinosa gestión que está a la vista del observador más desprevenido.

El problema lo dejaría planteado para la discusión, para la reflexión, la investigación o el pensamiento de la manera siguiente: En el actual proceso político bolivariano hay un desfase entre el registro simbólico y el registro de los hechos. En el primero de ellos, el régimen actual se maneja con bastante eficiencia, la cual no se veía desde los días del 18 de octubre, o desde la actuación de algunos de sus epígonos más tardíos, el primer Carlos Andrés Pérez (1973-1978), por ejemplo. Este registro simbólico es exitoso en el terreno de las expresiones felices, de los ataques certeros, las consignas oportunas, las referencias a los héroes, las actitudes heroicas, los gestos nacionalistas, el recelo frente a las actitudes internacionales y globalizadas, la eficiencia en el manejo y uso del lenguaje, el mesianismo desmedido que todo lo busca resolver con la entrega de papelitos al líder por parte del pueblo¹⁰⁸. Si la relación con el poder se traduce, se lee y se oye en el uso de la palabra pública, sin ningún temor, este régimen podría hacer suyo el *moto* octubrista: “*Estamos ensayando un nuevo lenguaje y un estilo político en Venezuela*”. Frente al verbo y los gestos bolivarianos ya el “soberano” comienza a construir su matriz de opinión, sus lugares comunes: Chávez redentor, se las sabe todas, es un gran comunicador y mejor pedagogo. Habla, miente y envuelve con un verbo dorado. Se dice listo a sacrificarlo todo por un pueblo irredento, “*sólo Dios está por*

¹⁰⁸ Ver el sugestivo artículo de opinión Urbaneja, D. B., “El Estado papelito”, *El Universal*, Caracas, 22 de mayo del 2003, p. 1-8.

encima del pueblo”, “*soy una brizna de paja en el vendaval revolucionario*”. Estos son términos que se han hecho familiares, pero al mismo tiempo también revelan una tendencia mesiánica, depositaria de la voluntad popular, que ha ido construyendo su propia lógica, por veces funesta y destructiva. Comprender un régimen tan verbal como el actual implica ver lo que hace (o mejor lo que no hace) y olvidar lo que dice. Chávez está atrapado en sus propias palabras y promesas, es presa de un discurso sobre su legitimidad que absolutiza a fin de cuentas su poder.

Mientras tanto en el registro de los hechos ocurren otras cosas no tan claras para la revolución bolivariana. A pesar de los inminentes anuncios, luego de arreglado el asunto político, “*ahora, la economía y lo social*”, no se ha logrado tender un puente entre lo grandioso-simbólico y lo concreto-real. Aquí se podrían señalar varias cosas: 1- Acaso se carece de un proyecto histórico, entonces se carecería también de un proyecto económico-social; 2- El lenguaje del poder proyecta sólo retazos que institucionaliza a través de estructuras ideales para tejer retazos: la constituyente económica o la universitaria, o la democracia participativa sin una clara definición de los ciudadanos participantes o ciudadanos activos, pues todos quedan metidos en la amplia y confusa categoría del “pueblo soberano”; 3- En los hechos, la política económica y social bolivariana se orienta cada vez más a la tentación rentista, dada la coyuntura petrolera actual y la guerra entre el mundo árabe y el occidental. Lo que está detrás de cada movimiento político o social es aquella legitimadora frase octubrista “*el gobierno tiene dinero*”. El gobierno controla la fuente de riqueza nacional, hoy más que nunca. El Todopoderoso Estado Rentista es hoy por hoy más intervencionista y menos árbitro que nunca. Es decir, en el seno de un Estado aún poderoso continúa vigente y presente el esquema de consumo de la renta petrolera, vía el gasto público, vía el esquema distributivo del dinero hacia el pueblo soberano y hacia las nuevas élites políticas cívico-militares, buscando estrangular financieramente a los sectores productivos tradicionales por “oligarcas y golpistas”.

En estas condiciones, la crisis venezolana actual continúa siendo una crisis de representación, una crisis de ciudadanía. El populismo bolivariano continúa considerando al ciudadano como un sujeto poseedor de derechos, sin pasar a la cuestión de saber si esos derechos se ejercen o no. Haciendo esto, y a pesar de novedades como la

Constitución Bolivariana de finales de 1999 o la definición del espacio público como una democracia participativa, se obvia que el ciudadano continúa siendo un cliente sin que el discurso del poder se interrogue por su participación real o por la efectividad del discurso que los constituye como sujetos políticos. Este clientelismo se expresa claramente en la nueva Constitución a través de un desequilibrio dramático entre deberes y derechos. Allí pueden contarse cerca de ciento diez artículos que hacen referencia a los derechos, mientras que sólo seis mencionan los deberes¹⁰⁹. En el mejor estilo populista del octubrismo, se piensa que para complacer al pueblo soberano hay que establecer una normativa que regule el comportamiento social de manera de sólo dar derechos. Con esto lo que se está haciendo es torpedear la constitución eficaz del ciudadano quien sólo adquirirá dimensión de sujeto activo mediante la asunción de un lote de compromisos, es decir, de deberes, con la democracia. Tantos derechos lo que hacen es que los clientes dejen en manos de los políticos los problemas del país y se olviden de sus obligaciones.

Y por si esto fuese poco, hay un casi que hormonal impedimento para reconocer al “otro” (el adversario político), de reconocer y respetar a amplios sectores de la población que poco a poco han ido deslindándose de la “revolución bolivariana”, conformando el llamado “bloque opositor”. Tenemos, entonces, una resquebrajada confianza en el ciudadano y de los ciudadanos entre sí que merma el efecto emancipatorio del discurso bolivariano, y su por veces romántico y desmesurado amor por el pueblo soberano.

La simbólica del poder

De manera que en estos primeros escarceos del imaginario bolivariano se observa un gran peso e influencia del plano simbólico sobre el plano de los hechos, produciendo un extraño fenómeno: el pueblo está cada vez más pobre pero una parte de él continúa contento, y, algunos sectores, restandos con la revolución de las fantasías, la revolución de la destrucción nacional y de las expectativas frustadas, la revolución de las amenazas y de las declaraciones intimidatorias. Si examinamos el plano de las identidades sociales, el aporte del chavismo a este respecto, podría explicarse el extraño fenómeno. Deteriorado,

¹⁰⁹ *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela* (1999), conforme a la Gaceta Oficial No 5.453 Extraordinaria del 24 de marzo del 2000; *El Nacional*, 27 de octubre del 2002, p. H/8.

como lo señalamos anteriormente, el sentimiento de identidad nacional, el discurso y los símbolos bolivarianos --sesgados hacia la manera de ver y hacer las cosas del líder-- han logrado interpelar a las mayorías marginadas y excluidas. Con los símbolos, las palabras y los actos oficiales buena parte de ellas se sienten representadas, reconocen su identidad, y así reconstruyen el sentimiento del nosotros. Este “nosotros” bolivariano alcanza estructuras profundas de lo popular. Y esto no se veía en el país desde los días de aquel tan lejano, pero tan vigente, 18 de octubre de 1945. Pero otra parte del “nosotros” venezolano no consigue ni conseguirá reconocer su identidad en el discurso bolivariano. Por el contrario, ante la imposibilidad de reconocimiento del otro, se han abierto brechas profundísimas, animadas por el propio discurso oficial, que hacen que una significativa parte de la población no sólo no esté del lado de la llamada revolución, sino que exhiban un deseo irrefrenable de salir del mandatario de turno, incluso utilizando cualquier vía, a cualquier precio por aquello del argumento de la destrucción nacional en ciernes.

Por su parte, promoviendo una lógica de la confrontación contra quienes no apoyan el proceso (“!Oligarcas temblad!”¹¹⁰), evitando el reconocimiento del “otro”, también como fuerza activa, el populismo bolivariano ha convertido el odio social y la violencia política en sus mayores capitales políticos. Desde el poder se practica un terrorismo en el ejercicio mismo no sólo de la confrontación política, sino de lo que es más inédito: en el ejercicio de la palabra pública. Cada domingo en su programa de diversión televisiva (*Aló Presidente*), el primer mandatario nacional, convertido en gran *entertainer* --para no exagerar llamándole intelectual orgánico de su propio proyecto político-- asienta cátedra de invectiva. Las expectativas se abren para ver a quien le toca el turno en el insulto, la agresión verbal, por veces sin consecuencias posteriores, dependiendo de la dinámica política de la semana. *Aló Presidente* despliega de esta manera no sólo un método para la práctica del insulto, sino que se presenta como una muestra de lo que podría llamarse el arte de insultar desde la primera magistratura nacional que hace transparente una cierta dosis, nada desestimable, por cierto, de resentimiento social¹¹¹.

¹¹⁰ Ahora en Venezuela, quien no es bolivariano ni apoya el proceso pertenece al bando de la trilogía “terroristas, fascistas y golpistas”.

¹¹¹ Resulta bien interesante, y es un trabajo en progreso, estudiar la importancia del resentimiento social presente en el discurso bolivariano, en especial en la palabra de Hugo Chávez, en cuanto factor sociológico.

Acaso tanta confrontación sea --más que una estrategia discursiva-- producto de un resentimiento personal llevado a las esferas nacionales. Acaso tanta insistencia sobre la idea de una “democracia protagónica y participativa” niegue su pluralismo implícito. El propio Chávez se refiere a ella incesantemente pero sin definir su contenido: “*En Canadá, cuando firmamos la cláusula democrática nosotros levantamos la mano y dijimos: Nosotros firmamos esto pero tenemos un voto salvado en lo de la democracia representativa, nosotros creemos de verdad en la democracia participativa*”¹¹². Toda democracia, independientemente del calificativo que se le dé, implica aceptar la posibilidad de la contestación, de la disidencia; implica el respeto al adversario. De otra manera no se trata más que de una revolución semántica. Porque toda democracia es antes que cualquier otra cosa representativa. Y esto pasa por aceptar la “posición contra”¹¹³ como parte constituyente del orden político. Allí están las condiciones no sólo para proponer una cierta forma política sino para organizar la existencia nacional en torno a nuevos intereses, nuevos ideales, nuevas relaciones sociales y nuevos antagonismos. Incluir a los excluidos de los beneficios de la democracia es una estrategia discursiva eficaz, históricamente trascendente, pero siempre y cuando esta inclusión se haga respetando el derecho que tienen los otros a la disidencia, sin que sean demonizados o vilipendiados por el discurso del poder. La actual revolución bolivariana dice estar profundizando el proyecto democrático, pero no se ve ningún intento de recreación de ese proyecto dentro de las nociones de ciudadanía, descentralización administrativa, espacios ciudadanos y democratización de lo público. Ninguna de estos verdaderos componentes de un proyecto democrático sabría ser sustituido por un mero mesianismo populista y retórico que considera y trata a las mayorías nacionales como un mero cliente al servicio de una causa política.

Este tipo de actitud (tanto a nivel social como moral) obra como un explosivo que subleva las pasiones, pero también genera profundas divisiones en el seno de los social.

¹¹² Entrevista a Hugo Chávez, en Harnecker, M., *Hugo Chávez, un hombre, un pueblo*, 2002, p. 52.

¹¹³ Como lo señala muy pertinentemente Miguel Abensour, “Es a la posición contra que debemos la institución de la ciudad democrática que rinde al conflicto la fuerza creadora de la libertad (...) ese conflicto generador de libertad es multiplicado: en este espacio político donde se forman los polos antagónicos, donde se enuncian los objetos de litigio, donde se organizan luchas, se agrega un nuevo conflicto esencial entre la democracia y el Estado; no sólo porque los grandes se apoderan del Estado en tanto el pueblo se opone a los grandes, sino porque el Estado representa para la democracia un peligro permanente (...)”, *La démocratie contre l'Etat. Marx où le moment machiavélien*, París: PUF, 1997, p. 108. Ver también

6.- A MANERA DE CONCLUSIÓN

Más allá del efecto retórico, el gran logro bolivariano ha sido volver a colocar en el centro de los acontecimientos gentes y problemas de los que la vieja dirigencia política se había venido olvidando. En esto, el liderazgo de Chávez y su revolución se parecen más a los líderes octubristas que sus mismos vástagos: AD y COPEI.

Concluyo, pues, señalando que donde el gobierno impacta realmente es en el imaginario colectivo. Y en consecuencia donde la revolución bolivariana es más eficiente es en su dimensión simbólica motorizada por su retórica populista. Sin embargo, percibir la situación histórica a partir de símbolos puede tener una eficacia temporal, porque lo que envuelve al ciudadano común son relaciones económicas, políticas y sociales inmediatas ante lo que no se puede reaccionar sólo en términos emotivos, sino a través de reglas concretas y tangibles. El exceso semántico, la retroalimentación a partir de un mismo discurso conduce a grandes espejismos. De Chávez hay que aprender. A su movimiento político no se le puede desconocer el aporte a la evolución o involución (depende desde donde se le mire) política venezolana, acaso equivalente al aporte que en su momento hicieron los partidos políticos, pero también él debe aprender de la experiencia, debe aprender que no se puede transformar un país sin un proyecto histórico (una definición rigurosa del Estado venezolano, de las relaciones entre el estado y la sociedad, un diseño del modelo económico a edificar, una definición de la ética subyacente al sistema educativo).

Utilizar fórmulas que suenan bien y calzan perfectamente en el discurrir valorativo del venezolano, pero sin que en la práctica signifiquen nada, es una suerte de visión primaria del poder. Es algo así como definir ciudadanos pero que nunca pueden instalarse verdaderamente en la ciudadanía. Con sólo dramatizar las fuerzas impersonales y abstractas que gobiernan el imaginario colectivo no se puede controlar la historia y mucho menos se podrá controlar la sociedad. Un histriónico amor al pueblo no autoriza a pensar que se puede salvar a todo un país. Esta ha sido la gran lección, poco asimilada y mucho menos digerida, por las revoluciones populistas venezolanas. Pero en especial ha sido el punto débil de la que hoy presenciamos: populismo ruidoso y violento, donde el

Quiroga, H. S. Villavicencio y P. Vermeren (compls.), *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones, 1999, pp. 26-28.

exceso de heroización pareciera querer subsanar las debilidades íntimas de una gestión que ha sido incapaz de formar y desarrollar las capacidades ocultas de una mayoría sumida en la miseria, en el contexto de un país que todavía puede ser considerado como rico. Pero la verdadera riqueza de la nación no está en su petróleo, algo que la élite cívico-militar en el poder no ha comprendido, como tampoco la entendió la élite precedente. La verdadera riqueza está en el talento productivo de la gente, algo que aparece menospreciado en los términos de la palabra del poder.

Por el contrario, este populismo bolivariano se caracteriza por la puesta en marcha de una serie de prácticas político-discursivas, donde se sobredetermina el componente simbólico que busca crear el sujeto popular ("*el soberano*"). Pero la precondition para la emergencia de este sujeto --como se ha visto-- se logra eficazmente construyendo fronteras anatómicas que dividen el espacio de la sociedad en dos campos: los patriotas (quienes apoyan el proceso) y los anti-patriotas (quienes se le oponen). Y la lógica de esta división es dictada, tal como se observa en la palabra del poder, por la creación de una cadena de equivalentes: ser revolucionario y patriota, ser bolivariano y zamorano, ser nacionalista y anti-neoliberal, ser popular y anti-oligárquico, etc. El momento de las equivalencias prevalece, en este sentido, por sobre todo el contenido de las propias demandas sociales (empleo, justicia, educación, créditos, salud). El populismo bolivariano se caracteriza, en consecuencia, por un modo específico de articulación popular-nacional, donde ciertas equivalencias ideológicas están por encima de las verdaderas necesidades de la sociedad. En términos de las fronteras intelectuales, hay en las prácticas bolivarianas un desplazamiento del contenido del discurso a las formas meramente políticas.

Se entiende, entonces, que los discursos que fundamentan la lógica articuladora del populismo bolivariano pueden emerger de cualquier lugar de la estructura socio-institucional: de la organización política clientelística ("El Estado papelito"), los movimientos políticos establecidos o los emergentes, sindicatos afectos al régimen, ejército, movimientos de apoyo a la revolución ("círculos bolivarianos"), movimientos internacionales anti-globalizadores. El contenido de todo esto es la radicalización de los movimientos de protesta cualquiera sea su signo político: oficialista o de oposición. El populismo bolivariano ha desplegado en estos cuatro años un principio formal de

articulación política, mas no social. El pueblo soberano, tal como aparece en el discurso del poder, nunca será un fundamento sino una cosntrucción discursiva. En este sentido, el populismo bolivariano no expresa una identidad popular, sino que constituye lo popular en sí mismo y en relación al poder.